

Número: Conocimiento, poder y mundialización educativa

Editorial: Conocimiento y poder cincuenta años después

Editorial: Knowledge and power fifty years later

DOI:10.7203/con-cienciasocial.3.16919

Referencia

Editorial (2020). Conocimiento y poder cincuenta años después. *Con-Ciencia Social (segunda época)*, 3, 1-8. DOI:10.7203/con-cienciasocial.3.16919

ORÍGENES DE UNA EPISTEMOLOGÍA DE LA SOSPECHA: CONOCIMIENTO Y PODER

Corría el mes de abril de 1970 cuando Michael Young, Basil Bernstein y Pierre Bourdieu se encontraron en la Conferencia de la Sociedad Británica de Sociología y decidieron colaborar en un *reader* que coordinaría el primero de ellos (M. Young, ed., 1971. *Knowledge and Power. New Directions for Sociology of Education*. London: Mc Millan). Había nacido un texto emblemático del giro crítico de la sociología de la educación. Su amplia difusión y su conversión en referente inexcusable de otros muchos afanes que remaban en la misma dirección, se debió, entre otros factores, a la insurgencia intelectual operada en los años sesenta en las ciencias sociales que condujo finalmente al descrédito de los paradigmas funcionalistas y positivistas dominantes hasta entonces.

Relacionar el sistema de enseñanza con el control de los sujetos, la reproducción social clasista y la distribución desigual del conocimiento, hoy, dentro del ámbito del pensamiento contrahegemónico, defendido en una revista como *Con-Ciencia Social*, parecería una obviedad que, sin embargo, entonces estaba lejos de serlo. De aquel ya añoso tronco inicial se desprendieron ramas muy variadas por la historia de la educación y otras ciencias sociales, que convirtieron al conocimiento en general y al conocimiento escolar en particular, en un problema y no en un hecho ya dado e inmutable. Nacía así un ámbito de estudios del *curriculum* y de las

disciplinas escolares que cuestionaban la lógica de producción, selección y distribución del conocimiento socialmente acumulado a través de universidades, escuelas y otras instituciones.

Si bien se mira, el contenido del aforismo “el conocimiento es poder”, que se atribuye a Francis Bacon (*Knowledge is power*), plasma seguramente un tópico clásico que atraviesa culturas muy distintas. Al parecer, en el siglo X se atribuyó al imán Alí (599-661), el primo y yerno del profeta del islam, que “el conocimiento es poder y puede suscitar obediencia”. Más cerca de nuestra época, la concepción “productiva” del poder manejada por Foucault ofrece una perspectiva más rica y sutil que la del vetusto adagio. Ciertamente, ese intangible que llamamos conocimiento transporta en su interior la huella de relaciones de poder que hacen aflorar, tácita o expresamente, subjetividades y conductas normalizadas. No en vano el conocimiento posee una fuerza moldeadora de los individuos que lo producen y de los que lo “aprehenden”, porque el saber es poder y viceversa.

Una crítica profunda de la cultura, como la que se viene proponiendo desde las páginas de *Con-Ciencia Social*, exige un escrutinio implacable de los artefactos institucionales y de las prácticas sociales que forjan y propulsan la producción, circulación y la apropiación del conocimiento dentro de la morfología capitalista de nuestro tiempo, que, sometida a una crucial metamorfosis desde los años setenta del siglo pasado, ha recibido distintos apelativos: “capitalismo tardío” “capitalismo posfordista”, “capitalismo cognitivo”, “capitalismo postindustrial”, “capitalismo informacional”, etc. Incluso algunos fedecarianos preferimos hablar de “totalcapitalismo” a fin de comprender el conjunto de transformaciones experimentadas por un sistema económico que hoy deviene en una nueva especie de sociedad total no solo en lo que hace a la esfera económica sino también en lo que corresponde al ámbito simbólico, ambas dimensiones inseparable a la hora de regular la vida cotidiana a escala planetaria.

CINCUENTA AÑOS DESPUÉS: LA INVASIÓN DE LA RAZÓN TECNOCRÁTICA Y PRIVATIZADORA EN LA PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN Y CONSUMO DE CONOCIMIENTO

Medio siglo después de la decisión de M. Young, B. Bernstein y P. Bourdieu de aderezar *Knowledge and Power...*, el diagnóstico sobre la relación entre conocimiento y poder no ha dejado de mostrar que ambos extremos están cada vez más inextricablemente unidos complementándose de manera creciente. Tras la gran

transformación científico-técnica de las últimas décadas del siglo XX (recientemente se conmemoraba el cincuentenario del lanzamiento del primer mensaje, en 1969, precedente de la selva de la red de redes de nuestra época), el mundo cada vez más digitalizado y globalizado se ha visto sometido a una imparable lógica de multiplicación y circulación de investigaciones científicas e informaciones de distinta índole, que constituyen un maraña de saberes orbitando en torno a un tejido de poderes cada vez más omnipotente y oculto. Lo que algunos ingenuamente han tildado como “sociedad del conocimiento” representa en verdad un nuevo y más sutil régimen de dominación y sometimiento, que afecta tanto a la producción de la verdad como a quienes la producen y la consumen. El frío polar de la jaula de acero de la modernidad anunciado por Max Weber ha alcanzado cotas jamás antes vistas. Frente a la idea de un espacio público democrático y deliberativo dirigido al intercambio y la circulación del conocimiento en la esfera pública, se ha impuesto una dinámica de producción, distribución y consumo del saber cada vez más subordinada a instancias privadas casi monopolistas, desprovistas de cualquier supervisión de la ciudadanía y principalmente subyugadas a la ley del lucro individual a través de la transustanciación de los logros científicos en mercancías.

El totalcapitalismo se gobierna, como nunca antes, por las leyes utilitarias de una *doxa* tenocrática que dirime y evalúa lo que debe o no debe gozar de potencial lucrativo. La superlativa privatización y mercantilización de los resultados de la investigación científica, se acompaña a menudo de una jerarquía tecnocrática del conocimiento según la cual el modelo más excelso del saber residiría en las ciencias experimentales, esto es, en las investigaciones de aplicabilidad al mundo de la empresa capitalista, relegando a un segundo plano a las ciencias sociales que, sin embargo, frecuentemente buscan replicar el tipo de conocimiento científico-técnico a fin de hallar un lugar al sol dentro de este peculiar universo científico. Por añadidura, como se verá en los artículos de nuestro tema del año, paradójicamente la investigación científica se efectúa muchas veces en instituciones públicas como las universidades mientras que los *outpouts* resultantes de ese trabajo quedan atrapados en las redes de contratos de producción y venta de carácter netamente privado.

No es una casualidad que en las últimas décadas del siglo pasado y primeras de este, en las obras algunos conocidos neomarxistas italofranceses, haya surgido de la idea de “capitalismo cognitivo”, que retoma y revisa algunas de las intuiciones

que C. Marx apuntara en el fragmento “Sobre las máquinas” de los *Grundrisse* (1857-1858). Allí se enfatizaba en la idea de que el saber abstracto tendía a convertirse en la principal fuerza productiva relegando al trabajo mecánico, repetitivo y parcial. De ello se infería el “conocimiento social general”, reduciría al mínimo el tiempo de trabajo necesario para la producción de riqueza, lo que permitía pensar en un cambio profundo en las condiciones de vida. En esa línea, en el presente los teóricos del capitalismo cognitivo suponen que la noción de *general intellect* de Marx puede entenderse como algo más que un mero saber congelado en las máquinas como capital constante o fijo. Y, según ellos, se puede leer tal concepto como un bien o patrimonio intelectual común disponible (de generación colectiva), que hoy, merced a la racionalidad capitalista, se expropia al conjunto de la sociedad en favor de una ganancia privada de beneficios empresariales. En suma, se trata de un bien común que, gracias a los poderes institucionales que nos rigen, queda arrancado de las manos de sus creadores y del conjunto de la sociedad y es entregado a la minoría privilegiada que posee los medios de producción y de financiación. Así pues, desde hace ya unas décadas asistimos a un “giro cognitivo” sobre la teoría del valor de C. Marx, que más allá de negar o matizar su validez actual, expresa la suma importancia que el conocimiento ha alcanzado en nuestras sociedades, mostrando una insalvable contradicción entre la necesaria acumulación de inteligencia colectiva y la apropiación privada de sus frutos. Este asunto es, como era previsible, uno de los núcleos temáticos en los que se enfatiza y redonda en el contenido de los artículos del tema del año de nuestra revista.

Nada hace pensar que, a pesar de las muchas resistencias de los movimientos sociales, nuestro mundo camine en dirección distinta a la explicada. La victoria electoral de Boris Johnson en Gran Bretaña (al tiempo que se escribe este editorial) anuncia la potenciación de un eje neoliberal bifronte hegemonizado por Estados Unidos. Una vez más, el porvenir de los bienes comunes y públicos se oscurece bajo los nubarrones de un voraz capitalismo ornado con las galas de un nacional-populismo agresivo, sumamente peligroso para la sustentación del planeta Tierra y la supervivencia de las culturas no occidentales. El desarrollo de la globalización ha conllevado un masivo “epistemicidio” de los saberes tradicionales que se sitúan fuera de los circuitos del fetichismo de la mercancía. La inmensa acumulación de conocimientos de nuestra era, conlleva la destrucción biológica y el olvido de conocimientos humanos de larga data de un inmenso valor para la existencia del ser

humano como especie. Esa corriente arrolladora del “progreso” conlleva la uniformización y estandarización del conocimiento “legítimo”. Con todos los matices que se quiera, la educación escolar representa un ejemplo, que también tratamos en este número.

Nuestra revista de una u otra forma, en sus más de veinte años de vida, siempre ha dedicado un espacio a la problematización del conocimiento, especialmente al que figura vestido de disciplinas escolares y académicas. Dentro de las publicaciones españolas, *Con-Ciencia Social* descuella por su acercamiento cuantitativo y cualitativo mediante la publicación de artículos y reseñas a ese tema, ya clásico entre nosotros y nosotras. Eso no ha sido óbice para también considerar muy pertinente la faceta que escruta críticamente de la producción y apropiación del conocimiento y la investigación fuera de la escuela. Este es precisamente el tema que se comenzó a tratar monográficamente en el número 20 bajo el título *Capitalismo y conocimiento. Reflexiones críticas en Con-Ciencia Social* (2016), coordinado por M^a Engracia Martín Valdunciel. En ese mismo número el tema del año versó sobre el “Capitalismo cognitivo”. El hilo profundo que ha alimentado la reflexión del pensamiento crítico ha seguido siendo la conexión entre el capitalismo de nuestro tiempo, un sistema de organización social basado la suma mercantilización de todas las relaciones humanas, y las capacidades humanas de generar conocimiento en espacios institucionalizados.

En el número 3 (2020) de la nueva época de nuestra revista hemos vuelto a traer a colación este elenco de temas bajo el título de *Conocimiento, poder y mundialización educativa*, una pesquisa sobre las diversas morfologías de producción, circulación y evaluación del conocimiento en nuestro tiempo histórico, marcado por una fuerte imantación mundial del modelo académico y escolar nacido en el seno de los países centrales del mundo occidental. Así el tema del año monográfico se compone de dos partes complementarias. La primera contiene tres artículos que, además de un enfoque crítico, dirigen su mirada frente la privatización, cosificación, mercantilización y estandarización del conocimiento científico surgido en los espacios universitarios, convertidos en el eje central de la nueva economía del conocimiento del totalcapitalismo, al servicio del beneficio privado y la generación de subjetividades sumisas a través los poderes encubiertos y evanescentes que atraviesan los modos de investigación dominante en nuestros días. Por su parte, el profesor José Carlos Bermejo Barrera, de la Universidad de

Santiago de Compostela, realiza una acerada crítica de sus colegas universitarios en su artículo “El patio de los mandarines: ensayo sobre el fetichismo académico”; M^a Engracia Martín, colega fedicariana y especialista en biblioteconomía en la Universidad de Zaragoza, efectúa una demoledora recusación de los efectos de los controles de calidad científica en su “Comunicación y evaluación del conocimiento académico: tecnocracia y mercado”; finalmente, las profesoras universitarias Cecilia Rikap y Judith Naidorf escriben sobre cómo se manifiestan los fenómenos de estandarización productivista y, en su caso, de dependencia en Argentina: “La privatización del conocimiento y la mercantilización de la academia en el Sur en la actualidad”.

La segunda parte del tema del año, tiene un formato muy diferente y un contenido igualmente distinto, si bien complementario del abordado en los tres artículos señalados. Se trata de unas “Conversaciones sobre mundialización de los sistemas educativos”, mantenidas con el profesor cántabro Jesús Romero y con la profesora Argentina Inés Dussel, interesante charla complementada con una reflexión personal de Thomas S. Popkewitz, de la Universidad Winconsin-Madison, que respondió con otro formato a las preguntas que Marta Estellés y Raimundo Cuesta en su día les formularon a los tres. En este subapartado más conversacional se hace una contribución complementaria que subraya un aspecto trascendental de la cultura del capitalismo actual, a saber, su vertiente mundial y su proclividad a la uniformidad.

Por lo demás, como es costumbre, la última sección de nuestra revista, los “apuntes críticos”, está formada por ocho contribuciones que abarcan otros tanto temas, preocupaciones y estilos de afrontarlos: teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, reformas educativas en la España del régimen del 78, historiografía global, crítica de la razón occidental, historia de los conceptos, desarrollo curricular en Colombia, narrativas visuales sobre la violencia política colombiana e historia de la formación docente. Un abanico variopinto que procuramos abrir a preocupaciones de muy distinto origen y tenor. En conjunto, hemos de felicitarnos por la progresiva incorporación de nuevas personas de Latinoamérica a las páginas de nuestra revista, colaboración que trataremos de incrementar en el futuro.

Finalmente, dada la frecuente formación histórica de nuestros lectores y lectoras, cabe apuntar con pesar que en 2019 desaparecieron dos grandes cultivadores de las artes de Clío. Por una parte, la muerte del entrañable

estadounidense, Gabriel Jackson, es muy de lamentar tanto por lo que supuso su obra en nuestros años mozos como por lo que tuvo de ejemplar su testimonio y compromiso con las causas de los vencidos. En otro orden de cosas, la obra de Santos Juliá quedará como una muestra de excelente oficio de un buen historiador, por más que sus causas y razones quizás no fueran, al menos para nosotros, tan nobles como las de su colega.

